

cando croquis, y volvía del mismo modo, leyendo ó dibujando.

En el palacio de la ciudad en que estaba alojado disfrutaba de una libertad completa, y á fin de evitarme la molestia de pasar por los patios en que se hallaban los empleados, me habia sido entregada la llave de una puerta que daba á la calle de la Misericordia. Dicha llave fue para mí, á primera vista, objeto de dos sensaciones muy opuestas: una de placer,

porque podia entrar y salir á todas horas sin que nadie lo advirtiese; la otra, de asombro al ver la longitud de aquel instrumento, verdaderamente prodigioso. Aunque ninguno de mis bolsillos podia contenerlo lo acepté con gratitud, proponiéndome ensanchar mis faldones: proyecto que al punto puse en ejecucion. Pero no puedo disimular que algunas veces la costumbre me hacia olvidar aquella llave á la que estaba enlazada mi existencia; y si entonces



Negras, en Rio-Janeiro.

me ocurría sentarme, me levantaba con la viveza del hombre que pisa una serpiente.

En los ocios que me permitian mis trabajos acababa de estudiar la ciudad. Diariamente iba al mercado, porque allí es donde mejor se conocen las costumbres del pueblo. Todas las mañanas, algunas embarcaciones procedentes de las islas vecinas traían abundantes provisiones de naranjas, bananos, peces y leña; aquello ofrecía un contraste singular de negros que se empujaban, gritaban, llamaban, reían ó lloraban; y como aquellas barcas no pueden acercarse al muelle á causa de una escarpa de piedra que baja en declive hasta el mar, otros negros cargados con cestos redondos salían á su encuentro, se arrojaban al mar, y algunas veces formaban la cadena para llegar mas pronto. Cuando la marea sube, la ordinaria confusion aumenta extraordinariamente; son mayores los empujones, los aturdimientos y las caídas al agua; y como en tal laberinto las mercan-

cias se deterioran, menudean los palos sobre los que no andan listos. Mas allá, algunas negras cobijadas en barracas hechas á toda prisa, distribuían á unos el café, y á otros carne seca y judías, habitual alimento de la gente de color, y en muchas ocasiones tambien de las clases elevadas. En el muelle se paseaban los revendedores, esperando y acechando desde lejos los objetos que se proponían comprar. Lo que mas llamaba mi atencion eran las sartas de pájaros de todos colores; hubiera querido comprarlos todos, pero desconocía el arte de conservarlos, que mas adelante adquirí. En frente de aquel muelle tan animado está el mercado interior, en que se venden esteras de paja y esparto, calabazas, y en general utensilios domésticos. Allí se venden tambien y se destripan enormes pescados y allí por último se colocan los vendedores de pájaros y monos. Sorpresa me causaba siempre ver cuán poca prisa habia por comprar aquellos pájaros tan admirables por la riqueza y la variedad de sus

colores. Si al pasar por las calles se ve colgada de una ventana una jaula de junco, puede tenerse por seguro que encierra un canario ó un jilguero. Lo mismo sucede respecto de las flores, en Rio-Janeiro, casi no se encuentran flores tropicales, sino siempre rosas.

Agradablemente pasaba el tiempo, trabajando parte del dia. Dibujaba paisajes, recibía muchas visitas, y todos los periodistas me trataban con gran benevolencia. Hábiame comprado una levita negra, y aun

cuando me sofocaba de calor era objeto de la pública consideracion, y esto debia bastarme. ¿Qué me faltaba? Alojado en un palacio, veía desde mis ventanas la Cámara de los diputados, y oía sin tener que molestarme excelentes discursos; veía tambien maniobrar la Guardia nacional con sus zapadores, cuyos mandiles variaban segun los regimientos: unos imitaban pieles de tigre, y otros estaban adornados con dos plantas indígenas, el té y el café, pintadas al óleo de



Venta de esclavos, en Rio-Janeiro.

un modo muy vistoso. Podía admirar á mi gusto el ejército y á sus oficiales, que llevaban debajo del brazo la gorra de pelo ó el chacó. A mi vista se ejecutaban las maniobras prescritas por la táctica, en las cuales vi con placer la prudencia que anima en todas partes á la Guardia nacional: cada soldado ciudadano, lleno de interés hacía su vecino, hacia fuego un poco antes ó un poco después de la voz de mando, volviendo la cabeza.

De un hermoso tocador de mármol blanco de palacio me hice una mesa de comer, y me regalaba bastante bien, pues en ella abundaban las conservas, los bananos y las naranjas, si bien siempre me veía obligado á disputar mi comida á las hormigas. Cuando por la noche salía á tomar el fresco á mi ventana, una habitacion situada en frente se iluminaba, sonaban una guitarra y una flauta, y luego algunas voces plañideras salmodiaban unas estrofas con aire melancólico. Aquellos cantores fúnebres se enternecian algunas veces, y se agitaban levantando la vista al techo, como completamente dominados por la emocion. Esto solía durar por desgracia, hasta las dos de la madrugada. Por lo regular, al llegar la noche subía al Castel, colina en que se hacen las señales y que está dentro de la ciudad.

Deliciosas me parecían las horas que pasaba contemplando la inmensidad de la bahía, cuyas islas son tan numerosas que la vista no puede abarcarlas todas. Hacia el lado del mar, la *Serra dos Orgaos* se destaca en el horizonte con formas caprichosas. Cuando durante largo rato habia mirado un mismo lugar, iba á sentarme algunos pasos mas allá, y el espectáculo

era siempre nuevo para mí. La noche llegaba lentamente, la llanura y la montaña se envolvían en ráfagas de fuego, y la ciudad se iluminaba á mis pies. Algunas veces me quedaba dormido sobre el parapeto, de donde el mas ligero movimiento hubiera podido precipitarme á algunos cientos de toesas sobre un camino ó sobre un peñasco.

Por lo que respecta á pasearme en la magnífica calle de Ouvidor, me abstenia por completo de hacerlo. Bastábame haber entrevisto en ella á las hermosas brasileñas ostentar sus galas á la luz de las tiendas, y seguidas, según costumbre, de una ó dos doncellas ú otras tantas negras y algunos negritos, marchando todos con lentitud y gravedad, con el marido á la cabeza. Por lo demás, en aquellos trages, en que solían resaltar colores muy chillones, advertí un sistema de economía y orden que no siempre se descubre en las mujeres de otros países. Aquellos colores, un poco exagerados, pueden resistir sin deterioro la acción del sol durante algun tiempo, y luego se convierten en matices mas claros, lo que ocasiona un cambio completo de vestidos, sin nuevos gastos. Todos los días hubiera podido oír en una de las estremidades de la calle una docena de órganos y otros tantos pianos, que tocaban á la vez para atraer compradores á las tiendas, pues no parecía sino que se habia entablado una competencia para hacer el mayor ruido posible. Pero me cansé pronto de la ciudad y sus distracciones. Hablaré, sin embargo, de dos procesiones que desfilaron bajo mi ventana, una de las cuales tenia por objeto celebrar la festividad de San Jorge. Todos los grandes dignatarios seguían á un maniquí á caballo, cubierto de pies á cabeza con una coraza, el cual representaba el santo. A cierta distancia lo tomé por un personaje real y verdadero; pero por casualidad y como para sacarme de dudas, los encargados de cuidar al glorioso caballero, prescindiéron de él un momento, y faltó poco para que un salto del caballo diese con él en tierra.

En la otra procesion figuraban encantadoras niñas de ocho á doce años de edad, vestidas á lo Luis XV, con mantos de seda ó terciopelo, y sobre todo con inmensos miriñaques, y que bailaban con cierta coquetería. Para formar el debido contraste, muchas iban acompañadas de individuos que sin duda serían sus padres, los que marchaban orgullosamente á su lado, vestidos con casacones verde-rojos, con parasoles en la mano y un cigarro en la boca. Los oficiales del ejército, siempre con su gorra de pelo ó su chacó debajo del brazo, llevaban imágenes de santos y santas; un tambor mayor forrado de encarnado, precedía á los zapadores con mandiles de color de tigre, y detrás de tan abigarrada comitiva muchos negros disparaban petardos á las piernas de los curiosos. Esta es una costumbre inseparable en Rio-Janeiro de toda fiesta

pública, ya sea religiosa, ya de cualquier otro género.

Los negros.—Una mudanza de casa.—Venta de esclavos.

Rio-Janeiro es el punto en que los negros son mas felices, si es que felices pueden ser en parte alguna los esclavos. Pocos días despues de mi llegada á la ciudad suspendí á mi pesar el trabajo, movido por la curiosidad, pues oí ciertos ruidos extraños de un extremo á otro de la calle: tratábase de una mudanza de casa. Cada negro trasladaba un mueble, voluminoso ó pequeño, ligero ó pesado, según la casualidad lo disponia. Todos marchaban á paso lento y acompasadamente, repitiendo, ya una sílaba ó dos, ya exhalando un sonido gutural. Habia algunos que llevaban toneles vacíos, que formaban un volúmen tres veces mayor que su cuerpo. A la cola de esta fila de unos cincuenta individuos, era magestuosamente conducido un piano, llevado sobre la cabeza por seis negros. Uno de ellos, que hacia veces de jefe de orquesta, tenia en la mano una especie de sonajero lleno de piedrecillas, con el cual marcaba alegremente el compás.

Otro día vi á tres negras que hablaban gesticulando mucho y llevaban sobre la cabeza, una un paraguas cerrado, otra una naranja, y otra una botellita. ¿No podría atribuirse á la costumbre de llevarlo todo sobre la cabeza, el que las negras sean por lo regular bien formadas, inclinen el busto hácia delante, y tengan á veces una dignidad al andar que les envidiarían muchas mujeres de las clases blancas y ricas?

Con frecuencia se hacen ventas de esclavos en ciertas tiendas y casas particulares, á consecuencia de viajes ó defunciones. He asistido á muchas de estas ventas, y no he advertido en ellas mas diferencia respecto de las ventas de mercancías ordinarias, sino que el vendedor se colocaba encima de una caja de queso, y que otro individuo, especie de alguacil ó ejecutor de embargos, se encaramaba sobre una silla con un martillo en la mano. En medio de un laberinto de veladores, poltronas y lámparas se hallaban sentados cinco negros y negras. Supuse que estarían muy tristes; pero no era así. Aquellos cinco negros fueron vendidos uno con otro en 6.000 francos. Un traficante compró dos mujeres, un negrito, una mesa, muchos utensilios y un caballo.

Condición de los esclavos.—Emigrantes.—Una lucha nocturna.

Durante mi permanencia en Rio-Janeiro fueron puestos en venta siete negros que habian pertenecido á un amo humano y bondadoso; aquellos infelices, acostumbrados á ser tratados con blandura, se estremecían al pensar que iban á ser esclavos de otro

dueño. Subleváronse y se parapetaron; pero despues de oponer á sesenta gendarmes una resistencia desesperada, y despues de resultar heridos casi todos, fueron llevados á un establecimiento correccional, donde los amos, descontentos de sus esclavos, los hacen encerrar, y algunas veces los condenan á la pena del látigo. Por lo demás, las crueldades son muy raras en el Brasil. Quizá el interés de los amos entra por mucho en la manera mas humana con que actualmente son tratados los negros. Desde la abolición del tráfico negrero, un negro que en otro tiempo costaba mil ó mil doscientos francos, vale seis ó siete mil.

En suma: la vida del negro en el Brasil es muy preferible á la de la mayor parte de los desgraciados colonos que los especuladores envían allí con lisonjeras promesas, y que son víctimas á su llegada de los mas dolorosos desengaños. Encuéntrase en las calles á no pocos desventurados hijos de todos los países, que con rostros pálidos y desencajados mendigan su sustento. He visto á dos chinos, uno de los cuales era ciego, recibir una limosna de un viejo negro. Es preciso reunir muchas condiciones que por lo regular no pueden ser conocidas de antemano, para que un colono se entregue con ventaja al cultivo en un país vírgen como el Brasil. Antes de reportar algun fruto del trabajo trascurren muchos años, y si durante este tiempo no se encuentra un apoyo, la ruina es inevitable.

Pero volvamos á mis trabajos: mucha prisa me daba para terminar los retratos de la emperatriz y las princesas, para lo cual me negaba á admitir los demás encargos que se me hacían, puesto que solo me proponia un objeto: viajar, estudiar y volver á Francia lo mas pronto posible; no obstante, la hora de la libertad no estaba aun proxima. El emperador vino un día á ver los tres retratos, y despues de darme algunos consejos respecto del parecido, me dijo que era preciso que tambien hiciese el suyo. Empecé, pues, de nuevo mis paseos á San Cristóbal, lo que me sirvió para adelantar mucho en el conocimiento del portugués, porque volví á estudiar en el camino, así como seguía clavando y estendiendo mis lienzos con trage negro.

Hice el retrato del emperador con frac y pantalon negros, pero luego le pedí me prestase su trage de ceremonia que solo viste dos veces al año, esto es, al abrir y cerrar las Cámaras. Accedió á este favor, tanto mas digno de agradecimiento cuanto que esta vez trabajaba únicamente para mí, pues deseaba llevar este retrato á Europa. Algunos negros de palacio me trajeron muchos cofres de hoja de lata, que contenían el manto de terciopelo verde forrado con un tejido de oro, la túnica de seda blanca con su cinturón, el cetro, y en fin, todo lo que me era preciso,

Fuí inmediatamente á la Academia á procurarme un maniquí, pues el respeto no me permitía poner el trage de S. M. sobre un modelo vivo. Por otra parte, difícil me hubiera sido encontrar este modelo, porque el emperador tiene de talla 6 pies menos 2 líneas. El maniquí disponible era mucho mas pequeño, pero habia otro en casa de un artista, que reunía todas las condiciones necesarias, si bien no podían prestármelo hasta pasada una semana. Mucho me disgustaba el mal éxito de mis diligencias, pues me causaba bastante inquietud tener en mi cuarto objetos de tanto valor, y me asaltaban algunos temores.

Aquel día precisamente volví muy tarde, porque habia comido y pasado la velada en casa del ministro de Negocios Estrangeros, y por descuido me habia sentado muchas veces sobre mi llave, lo cual era casi siempre el presagio de alguna calamidad. Cuando hube cerrado con el mayor esmero la puerta de la calle de la Misericordia, seguí á tientas un corredor sombrío y húmedo, y á su estremidad subí una escalera secreta hasta la entrada de otro corredor que iba á dar á la puerta de mi aposento. Muchas veces al atravesar aquellas tinieblas me habia ocurrido la idea de que si alguno se proponia hacerme una mala pasada, le seria muy fácil estrangularme. El dilatado corredor á cuyo extremo se encontraba la puerta de mi cuarto se hallaba alumbrado al opuesto por una lámpara cuya luz estaba aquella noche á punto de apagarse. No sé por qué me sentía oprimido el pecho. Nada tendria de particular—me decia á mí mismo,—que algunos malvados concibiesen el proyecto de robar durante mi ausencia las vestiduras y las insignias imperiales; y si me encontraban antes de poner en ejecución su mal propósito, ¿quién les impediría asesinar me por tal ó cual medio? Esta idea, no infundada, tenia muy poco de tranquilizadora. Debo confesarlo: me dominaba el miedo; la mano me temblaba y no podia hallar la cerradura, cosa que nunca me habia sucedido, cuando de improviso sentí que respiraban á mi lado; indudablemente allí habia un hombre cuyo cuerpo interceptaba por momentos la débil y vacilante luz del corredor. Era evidente que aquel individuo se adelantaba hácia mí, y que buscaba el sitio mas á propósito para matarme antes que me fuese posible dar un grito. En aquel momento supremo tuve el valor de preguntar con un tono que aumentó mi miedo: «¿Quién va?» No habiendo recibido respuesta, me atreví á repetir la misma pregunta en portugués, magnífica lengua, pero todo continuó en silencio. Hay momentos críticos en que se toma fácilmente una resolución. Seguro ya de que iba á ser asesinado, ninguna consideración tenia que guardar. Dirigiendo, pues, mi puño á la altura del rostro del asesino, lo derribé á algunos pasos de mí; luego me

arrojé ciegamente sobre él, y sin reflexionar si estaba armado ó inerme, le asesté..... Pero habiendo atraído el ruido que hizo al caer, á las puertas de

los corredores una veintena de negros y otros habitantes de palacio, todos provistos de luces, fuf sorprendido, ¡oh confusion! luchando á brazo partido



Negro comisionista, en Rio-Janeiro.



Negras, en Rio-Janeiro.

con un maniquí cuya cabeza acababa de hacer volar, rompiéndole la nariz y desollándome los dedos.

Supé entonces que al finalizar el dia me habian enviado aquel maniquí, y que, no habiéndome ha-



Negros gandinos de Rio-Janeiro.



llado en mi cuarto, los conductores lo habian dejado cerca de mi puerta. Fue aquello un rasgo de fina atencion por parte del secretario de la Aca-

demia, quien inmediatamente despues de mi visita, pidió para mi uso el susodicho maniquí al artista que de él se servia. Fácil es adivinar, por lo demás,

cuánto hizo reír á mi costa tan ridícula aventura.

Pero aquel maldito maniquí no me habia hecho aun la última barrabasada. Queriendo devolverlo á la Academia cuando el retrato del emperador estaba casi terminado, llamé á un negro; pero como los negros de palacio no eran gente que se sometia á semejantes faenas, fueron á buscar á un mozo de cordel tan negro como ellos, aunque ocupaba un

puesto menos elevado en la escala social. No bien aquel pobre diablo se enteró del asunto de que se trataba, arrojó su cesto, calóse un pedazo de sombrero de mujer, poniendo hácia atrás la parte delantera, lo cual hacia su aspecto tan agradable como puede suponerse, y dándose á correr desaforadamente, se perdió chillando en la inmensidad de los corredores.



La bandera de la Fortaleza en el puerto de Victoria.

Partida para la provincia del Espíritu-Santo.—Un incendio en el mar.—Legada á Victoria.—Oraciones pavorosas.—El señor X... y las cartas de recomendacion.

Muchas veces habia preguntado á los franceses residentes en Rio-Janeiro, á dónde era preciso encaminarse para encontrar indios, sin recibir respuesta satisfactoria. En concepto de la mayor parte, los indios apenas existian ya, porque eran una raza perdida; no obstante, á mí me parecia que aun habria muchos en alguna parte, y queria ir allí á todo trance. Habia visto negros en Africa y tambien en París; no se trataba, pues, únicamente de negros. Al fin, oí hablar cierto dia de un italiano que habitaba hacia ocho años en el interior del Brasil, y habia comprado algunos terrenos en los bosques vírgenes de la provincia del Espíritu-Santo, donde

comerciaba con la madera del palisandro (1). Este, pues, debia estar en lo cierto en todo lo relativo á los indios. Manifesté mis deseos de conocerlo, y me prometieron presentarme á él cuando volviese á Rio-Janeiro. En efecto, poco despues lo trajeron á mi estudio, precisamente un dia en que hacia el retrato en pie de una hermosa brasileña, hija del ministro de Negocios Etranjeros. La ocasion no podia ser mas propicia para mi futuro huésped, que naturalmente necesitaba una proteccion eficaz, y me esmeré en pagarle de antemano la hospitalidad que, segun decia, tendria á mucha honra ofrecerme. Lo presenté, por lo tanto en casa de las personas que por su posicion podian serle mas útiles, é intercedí en

(1) Arbol de la Guyana, cuya madera, de color violado, es muy á propósito para torneria y ebanisteria.

(N. del T.)